

# Toda la culpa la tiene Mario

FRANCESCA DENEGRI

«Antes lo admiraba por el Nobel y por sus novelas, pero después de lo que le hizo a su esposa, ni hablar, ya ni lo leo» Todavía hoy, a más de un año de la sonada ruptura de Patricia y Mario Vargas Llosa, lectoras peruanas como la citada no solo mantienen su desaprobación frente al autor por lo que consideran un imperdonable acto de deslealtad conyugal, sino que además parecerían haber perdido interés en su obra. La reciente novela de Giovanna Pollarolo, *Toda la culpa la tiene Mario* es precisamente la crónica imaginada del súbito proceso de desencanto y desconcierto en el que se hunde un grupo de lectoras sesenteras limeñas del Club de Libros Real, que durante cuarenta y cinco años viene reuniéndose religiosamente, tras enterarse por la prensa del *affaire* Preysler. O más exactamente, de la bomba Preysler, porque ese es el efecto de la noticia en este entrañable y veterano Club Real.

Uno de los mayores logros del libro es la construcción de una voz narradora colectiva femenina en la que cada una de las historias de las lectoras se va entremezclando en un presente desestabilizado por la certeza de que el viejo Club no podrá sobrevivir a la caja de Pandora que la noticia ha abierto entre ellas. Esta narradora recoge los restos de tramas, voces y gestos diversos que quedan de las conversaciones entre las mujeres que han participado año tras año del mismo ritual; de su presidenta Úrsula, esposa de un ejecutivo autoritario a la que ella se ha acomodado mansamente a través de los años y de Rita, ex amante del esposo de Úrsula y última rueda del coche entre las del grupo; de Mercedes, setentera de recio talante desgarrada entre los mandatos de su esposo en Nueva York y de su madre en Lima; de Ángela, la «académica» de mayor prestigio entre ellas por sus estudios literarios renovados en la PUCP y de Nina, la joven tímida que se esconde entre las faldas de Ángela; de Rebeca, la huachafa que habla como García Márquez y de Amalia la discreta teóloga; de Aída la dominicana, nueva en el grupo pero poderosa por sus conexiones con la familia Vargas Llosa. En algún momento aparecen también Queta, y luego Otilia, y finalmente Renata, aunque no se sabe bien de dónde ni cuándo porque esta narradora colectiva, que no pretende la precisión ni tampoco la objetividad, hace gala de su memoria porosa y se le escapan fechas, nombres, números, fuentes, historias y personajes. Será porque ninguno de esos detalles sirve para captar y



## Toda la culpa la tiene Mario

Giovanna Pollarolo

Planeta

Lima, 2016

150 pp.

retener el ambiente cargado de subjetividades femeninas en sordo conflicto, que es lo que de veras logra construir la novela.

Diligentes, formales y protocolares, las lectoras del Club Real llevan adelante con aplomo y orden la agenda del grupo, cuidándose de mantener sus jerarquías y alianzas. Se reúnen para hablar de los libros y autores que leen, de Chejov, de Ford, de Cortázar, de Coetzee, por supuesto de Vargas Llosa, pero sobre todo para hablar de ellas mismas entre rajes y chismes. Y aunque lo hacen *entre mujeres solas*, sorprende que ninguna se anima a decir lo que de verdad piensa, ni de sus propios conflictos, ni de los que afectan al grupo. Más que la mentira, es la limeñísima media-verdad la que se impone como consigna, y la que tal vez desencadena el dramático desenlace, que es por donde comienza, *in extrema res*, esta novela.

«Todo terminó. El club, nuestra relación de casi toda una vida, nuestro proyecto, nuestros sueños. Todo. ¿Qué pasó?» leemos al iniciar la novela, frase con la que se entretajan las historias de las tres relaciones paralelas que se exploran a lo largo de sus páginas: las relaciones entre las propias

amigas lectoras, las del autor con sus lectoras, y finalmente, las del autor con su pareja conyugal. Nos enteramos que todo terminó cuando apareció la revista *Hola* con una carátula de los amantes que fractura al veterano matrimonio, y que fractura también los cimientos del club, porque lo que la foto moviliza es la frustración subterránea y los anhelos no confesados de cada una de las amigas. Sabemos por eso que la ira con que se califica al «hijo de puta» del autor tiene resonancias y dimensiones que escapan a la trama del romance de marras, y que si alguien dice que Preysler es una «mujer con agencia» es porque tal vez eso anhelaría para ella misma, y que si ante el tema consensuado de la traición alguna sugiere que se trataría más bien de un acto heroico porque el autor se las ha jugado a estas alturas de su vida, es porque las aguas ruidosas que lleva este río tan mediático empapa y desestabiliza a muchas más personas que a las del mero y escandaloso triángulo. La discusión se vuelve agria, alguna llora, otras callan y las más alegan sin descanso, hasta que finalmente una por una irán abandonando el grupo. Solo quedarán algunos *emails* y la memoria necesaria para reconstruir en esta engañosa crónica colectiva la vida y milagros del Club de Libros Real.

Contrariamente a lo sostenido por Vargas Llosa en *La civilización del espectáculo* acerca de una «cultura de entretenimiento» que anula la capacidad crítica del individuo y subordina lo que Eliot llamaba la cultura del libro, en *Toda la culpa la tiene Mario* se desata la disputa agónica entre individuos que conectan con el escándalo alimentado *ad nauseam* por los medios, pero apropiándose de cada una de sus ramificaciones según la capacidad de movilización que estas tengan en sus propios procesos de memoria. Si la civilización del espectáculo con su borrado de las fronteras entre la vida pública y privada, y con su promesa de chisme y diversión fácil banaliza la cultura y eclipsa la reflexión intelectual, la novela de Pollarolo nos invita a reflexionar sobre los modos en que estas nuevas configuraciones culturales a la vez que banalizan a los intelectuales icónicos, rompen diques y resistencias en los imaginarios del individuo, y que inserta en la civilización del espectáculo, descubre que está hecha de la mismísima materia que sus héroes. Y que esa materia fluye entre estancos tan porosos e inestables como la memoria.